

MANUEL TRILLO

LA CONQUISTA ESPAÑOLA OLVIDADA



La expedición que pudo cambiar
la historia de los Estados Unidos

CRÍTICA

Manuel Trillo

La conquista española olvidada

La expedición que pudo cambiar la historia
de los Estados Unidos



Incluye reproducción inédita del acta de posesión original
de la toma en 1781 del fuerte inglés de San José, en Míchigan,
por el capitán de milicias Eugene Pourée

CRÍTICA

BARCELONA

Primera edición: mayo de 2025

La conquista española olvidada.

La expedición que pudo cambiar la historia de los Estados Unidos

Manuel Trillo

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Manuel Trillo Lodeiro, 2025

© de los mapas, Julián de Velasco

Iconografía: DAU, Grupo Planeta

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-768-9

Depósito legal: B. 7.522-2025

Impresión y encuadernación: Unigraf

Printed in Spain - Impreso en España



La Luisiana

FRANCIA SE ADUEÑA DEL MISISIPI E IRRUMPE EN EL GOLFO DE MÉXICO

Adornado con una capa escarlata orlada con ribetes dorados y un aparatoso sombrero de plumas, René Robert Cavelier, señor de La Salle, se prepara para una ceremonia envuelta en la pompa versallesca. Le trae sin cuidado hallarse en mitad de un paisaje pantanoso y plagado de caimanes a miles de leguas de París. Las formas son las formas. Es 9 de abril de 1682 y acaba de alcanzar la desembocadura del golfo de México tras descender el Misisipi en un largo viaje desde el Canadá. Toca ahora solemnizar la soberanía de su rey sobre aquellas tierras. Junto al resto de la expedición entona el *Te Deum*, el *Exaudiat* y el *Domine, salvum fac Regem*. Siguen salvas de mosquetes y vivas al rey. A continuación, planta una cruz y una columna con el blasón de Francia. Ante sus hombres en armas, alza la voz para proclamar a los cuatro vientos:

En nombre del muy alto, muy poderoso, muy invencible y glorioso príncipe Luis el Grande, por la Gracia de Dios rey de Francia y de Navarra, decimocuarto de tal nombre, yo, René Robert Cavelier de La Salle, en virtud de la comisión de Su Majestad que tengo en mi mano, y que puedo hacer ver a cualquiera que pueda incumbir, he tomado y tomo posesión en el nombre de Su Majestad y de los sucesores de su corona de este país de Luisiana, mares, ensenadas, puertos, bahías, estrechos adyacentes y todas las naciones, pueblos, provincias, ciudades, villas, poblados, aldeas, minas, yacimientos, pesca, ríos, afluentes, comprendidos en la extensión de la dicha Luisiana.¹

Se abre un nuevo capítulo en la historia de Norteamérica. La Salle, comerciante francés que ha hecho fortuna en el Canadá, había obtenido el monopolio del comercio de pieles al sur de los Grandes Lagos. En busca de una salida al mar para las mercancías del norte, ha atravesado un paso terrestre para acceder a la cuenca del Misisipi y, tras navegar durante meses por el esplendoroso río, al que él llama Colbert en honor al secretario de Estado francés para la Marina, ha alcanzado su objetivo. La Nueva Francia se extiende ahora desde las frías aguas del Ártico hasta el cálido y tempestuoso Seno Mexicano.²

Pero los franceses no son precisamente los primeros europeos en llegar a la zona. Más de siglo y medio antes de que La Salle pise el delta del Misisipi los españoles ya rondaban la costa norte del Golfo. El primero en asomar con sus barcos por esas latitudes fue en 1519 Alonso Álvarez de Pineda. Este cacereño tomó posesión de la bahía de Corpus Christi, en lo que será con el tiempo el estado de Texas, alcanzó el río de las Palmas (luego Bravo o Grande) y descubrió la propia desembocadura del Misisipi.

Un par de décadas después, en el lecho del gran río quedó depositado el cuerpo sin vida del también extremeño Hernando de Soto. Hasta allí había llegado tras arrastrar durante tres años a cientos de expedicionarios y cabezas de ganado desde la península de la Florida a una interminable marcha en busca de oro por el sureste de Norteamérica. Falleció enfermo, sin hallar las riquezas que tanto ansiaba.

Pero las exploraciones españolas continuaron. En 1559, Tristán de Luna, oriundo de un pequeño pueblo soriano, fundó el primer asentamiento europeo en una bahía que él bautizó como Filipina y que más tarde se conocerá como de Panzacola.³

Mención aparte merece la epopeya del andaluz Álar Núñez Cabeza de Vaca, náufrago de otra malhadada expedición, la de Pánfilo de Narváez de 1528. Cabeza de Vaca erró durante ocho años por el sur norteamericano, atravesó selvas y desiertos, fue esclavizado e incluso ejerció de curandero entre las tribus que encontró a su paso. En 1536, exhausto, logró regresar a la Nueva España. Dejó su relato de la odisea en el famoso *Naufragios*.⁴

Sin embargo, y a pesar de las penurias de tan esforzados exploradores, España tenía demasiados frentes que atender en su creciente imperio. En aquellas primeras décadas no llegó a afianzar su

presencia en la región del norte del golfo de México y durante mucho tiempo apenas se preocupó por ella. Hasta que entra en escena Francia. La irrupción de un nuevo competidor altera el tablero de juego y saltan las alarmas en Madrid.

La Salle tampoco lo tiene fácil para asentar sus reales en la Luisiana. Anota erróneamente las coordenadas del delta del Misisipi que toma con su astrolabio. Cuando regresa de un viaje a París y trata de localizarlo de nuevo para establecer un puesto no logra dar con él. Va a parar cientos de leguas al oeste, en la bahía de Matagorda, en la futura Texas.

Para entonces los españoles ya andan tras su pista. Tienen motivos para estar preocupados: si los franceses se instalan en el Golfo no solo tendrán una vía de acceso al mar desde los Grandes Lagos a través del Misisipi, sino que pondrán en peligro las posesiones en Nuevo México. Así que se lanzan a perseguir al osado intruso. Pero cuando en 1689 localizan el poblado de La Salle en Matagorda únicamente encuentran restos de casas destruidas y unos cuantos esqueletos. Ni rastro del explorador francés. Ha perecido víctima de un motín durante una de sus expediciones para reencontrar la desembocadura del Misisipi. Mientras La Salle ponía fin de forma trágica a su aventura, los nativos arrasaban el precario asentamiento que había dejado atrás, apresando o matando a sus habitantes.⁵

Con todo, la muerte de La Salle y la aniquilación de su poblado no ponen fin a la carrera entre Francia y España por dominar la costa norte del golfo de México. El capitán de la Marina francesa Pierre Le Moyne, señor de Iberville, que acaba de expulsar a los ingleses de la bahía de Hudson, recibe ahora el encargo de conservar su compañía de canadienses y colonizar el delta del Misisipi.

Pero el espionaje español anda despierto. El embajador de Carlos II en París descubre los planes e informa a la corte *ipso facto*. Como respuesta, se ordena volver a ocupar la bahía de Panzacola, que España había abandonado. «La mejor que había visto en mi vida», en palabras de Juan Jordán de la Reina al contemplarla en 1686. Francia no debe adelantarse esta vez. El propio De la Reina llega allí de nuevo el 17 de noviembre de 1698 desde La Habana con medio centenar de hombres. Cuatro días después se le suma desde Veracruz el que será gobernador de la plaza, Andrés de Arriola. Para

disuadir a posibles merodeadores se construye un fuerte y se instalan 18 piezas de artillería.

Entre tanto, Iberville se demora. Una tormenta le obliga a dar la vuelta cuando había zarpado de La Rochela.⁶ Finalmente se hace a la vela desde el puerto de Brest, en la Bretaña. En enero llega a la boca de la bahía de Panzacola, a la que los españoles le impiden acceder. Continúa entonces rumbo oeste. Recala primero a orillas del río Biloxi y, más tarde, en la bahía de la Mobila.⁷

Pero en mitad del pulso por el control del golfo de México, los caprichos de la política en Europa dan un nuevo giro a los acontecimientos: la muerte de Carlos II y el ascenso al trono de Felipe V, primer rey español de la casa de Borbón y nieto de Luis XIV, rebajan la tensión entre las dos potencias. El consiguiente estallido de la guerra de Sucesión en 1702 une a ambas en un frente común contra Gran Bretaña. En América del Norte no les queda más remedio que pasar de adversarios a buenos vecinos.

Los franceses aprovechan para consolidar su presencia en el Golfo y, tras la guerra, continúan su expansión. A comienzos de la primavera de 1718, el hermano del ya fallecido Iberville, Jean-Baptiste Le Moyne, señor de Bienville, completa la tarea que La Salle iniciara treinta y seis años antes. Funda por fin el ansiado enclave a orillas del bajo Misisipi. Lo bautiza en honor al duque Felipe II de Orleans, regente durante la minoría de edad de Luis XV: Nouvelle Orléans.⁸

Entonces los vientos de las alianzas europeas dan un nuevo bandazo. En 1719 se desata la guerra de la Cuádruple Alianza. Francia y España vuelven a estar a la gresca pese al parentesco entre sus monarcas. Bienville, que se entera antes que los españoles de la reverdecida enemistad, da un golpe de mano y el 15 de mayo se apodera por sorpresa de Panzacola. Los españoles la recuperan en agosto gracias a una flota al mando de Alfonso de Carrascosa, inicialmente destinada a atacar a los ingleses en Charleston. Carrascosa se dirige a la Mobila para devolver el golpe a los franceses, pero una tormenta y la inminente llegada de refuerzos enemigos se lo impiden. España pierde la oportunidad de barrer para siempre a los franceses del golfo de México.

En efecto, el almirante Desnots de Champmeslin se presenta con una escuadra. No solo retiene la Mobila, sino que toma Panza-

cola para los franceses por segunda vez. La guerra entre los dos países se prolonga en el teatro norteamericano con una serie de escaramuzas, tanto en mar como en tierra. Cuando llega a su fin, ni España ni Francia consiguen expulsar a la otra de la región. Con el tratado firmado el 27 de marzo de 1721, los españoles recuperan Panzacola y los demás puestos que hubieran perdido; los franceses obtienen a cambio vía libre para conservar la Luisiana.

La colonia francesa empieza a prosperar bajo el monopolio de la Compañía de Indias. Una serie de sondeos descubren que una de las desembocaduras del Misisipi tiene trece pies de profundidad, suficiente para que Nueva Orleans acoja barcos de gran calado desde el Atlántico. Gracias a ello se convierte en poco tiempo en el centro neurálgico de la Luisiana. El tabaco de Natchez⁹ y luego el índigo, así como la exportación de pieles procedentes del norte, la consolidan como un dinámico foco comercial. Esta pujanza descansa en buena parte sobre los lomos de miles de esclavos llevados para desempeñar las labores más penosas. Para ello Francia importa a la Luisiana el implacable Código Negro que ya regula el trabajo servil en sus rentables islas del Caribe.

Aunque varios decretos españoles prohíben comerciar con los franceses, unos y otros se los saltan. El tráfico de mercancías con Nueva España, Texas y Nuevo México también contribuye al progreso de la Luisiana. Este contrabando experimenta un nuevo impulso con el estallido de la guerra del Asiento entre españoles y británicos en 1739. En el Reino Unido se la conoce como guerra de la Oreja de Jenkins, por el pabellón auditivo amputado a un capitán galés en el incidente que la desencadenó.

Pese a estos lazos económicos, al concluir la guerra en 1748 se reanuda la tensión territorial entre los franceses de la Luisiana y sus vecinos españoles. Las incursiones en Texas obligan a estos a mantenerse en guardia.¹⁰

Pero lo que marca definitivamente el destino de la Luisiana es el estallido de la guerra de los Siete Años (1756-1763), de la que Francia saldrá mal parada.¹¹ Su gigantesco imperio en Norteamérica está a punto de desaparecer.

Un tiempo de mil demonios recibe al sevillano Antonio de Ulloa y de la Torre-Guiral al desembarcar en Nueva Orleans el 5 de marzo de 1766. La lluvia y el viento zarandean la fragata *Volante* mientras en tierra le aguardan las fuerzas vivas francesas con las que le tocará lidiar. Mal augurio para su estreno como primer gobernador español de la Luisiana.

A sus cuarenta y nueve años, Ulloa se ha visto obligado a dejar su puesto al frente de las minas de azogue de Huancavelica, a casi cuatro mil metros entre las cumbres andinas, para asumir otra tarea peliaguda en las tempestuosas costas del golfo de México. El nuevo ministro de Exteriores, Jerónimo Grimaldi, ha recurrido a él para ponerlo al frente de la Luisiana, un territorio inmenso a poniente del Misisipi que Francia ha cedido a España. Ni siquiera se conocen bien los contornos de esta región que parece infinita.

Además de probar sus buenos oficios en los yacimientos del alto Perú, Ulloa tiene experiencia con los franceses. Sin haber cumplido los veinte años acompañó a una misión promovida por la Academia de Ciencias de Francia para medir el arco de un meridiano a las afueras de Quito. Es el Siglo de las Luces: la fiebre por el conocimiento y la exploración se apodera de las naciones occidentales y Ulloa es un científico eminente. Al regresar a Europa, fue capturado por corsarios ingleses, pero la Royal Society hizo que lo liberaran. A ojos de Grimaldi se trata de la persona ideal para la Luisiana.¹²

Sin embargo, al pisar Nueva Orleans Ulloa se da cuenta de que la nueva misión no resultará nada fácil. De poco le va a servir aquí su brillantez como erudito. Serán sus dotes políticas las que se pongan a prueba.

Pero ¿por qué ha pasado la Luisiana a España? ¿Cómo ha acabado en manos de Carlos III la tierra de la que tomó posesión La Salle en nombre del Rey Sol a finales del siglo anterior? Los motivos del traspaso hay que buscarlos en el desastre francés en la guerra de los Siete Años (1756-1763).

Ya en julio de 1761, viendo que pintan bastos, Versalles trata de enredar a los españoles en el conflicto contra los británicos. Étienne François, duque de Choiseul y ministro de Exteriores, autoriza al

embajador en Madrid a ofrecer la Luisiana a cambio de que entren en la guerra de su lado. Los lazos de sangre entre los Borbones pueden resultar ahora útiles. Al principio, Carlos III se resiste a implicarse en una contienda en la que no se le ha perdido nada. Pero, finalmente, el 15 de agosto se aviene a firmar con su primo Luis XV, bisnieto y sucesor de Luis XIV, un Pacto de Familia, el tercero entre Francia y España, por el cual «mirarán en adelante como enemiga común la potencia que viniere a serlo de una de las dos coronas». Ambas se garantizan mutuamente «todos los estados, tierras, islas y plazas que posean en cualquier parte del mundo, sin reserva ni excepción alguna» y, bajo el principio de «quien ataca a una corona ataca a la otra», se comprometen a suministrar socorros cuando su aliada lo requiera.¹³ El pacto llega enseguida a oídos de Londres. Tras meses de tensión diplomática, declara la guerra a los españoles el 2 de enero de ese año.

Francia, acorralada por los británicos, presiona a España para llegar a un arreglo cuanto antes, volviendo a poner sus territorios en América del Norte sobre el tapete. Luis XV amenaza incluso con ordenar a sus súbditos

evacuar toda la Luisiana, antes que perder la oportunidad de conseguir la paz, solo por la discusión acerca de una colonia con la que somos incapaces de comunicarnos excepto por mar, que no tiene, y no puede tener, ni puerto ni rada en la que pueda entrar un jabeque de doce cañones y que cuesta a Francia 800.000 libras al año, sin dar un ecu a cambio.¹⁴

Carlos III se alarma ante el órdago de su pariente. Si los franceses se retiran del Misisipi, dejarán el campo libre a los ingleses y Nueva España quedará expuesta a una hipotética invasión. Además, para cuando recibe el mensaje de Luis XV a través de su embajador en Madrid, la posición española ante Londres ha quedado en desventaja: los británicos se han apoderado en agosto de La Habana, la joya española en el Caribe. Para devolverla exigen algo a cambio: Puerto Rico o la Florida. Aunque inicialmente el monarca español se inclina por seguir luchando, al final se rinde a la evidencia y opta por zanjar el conflicto: sacrifica la Florida para recuperar Cuba.

En compensación por tal pérdida el rey de Francia regala la Luisiana a su primo español. En un principio Carlos III se muestra re-nuente a recibir tamaño presente. Aceptarlo supone tener que defender una nueva frontera de cientos de leguas con territorio británico a lo largo del Misisipi. Se excusa:

No, no, mi primo pierde demasiado en conjunto; no quiero que pierda más por mí, y rogaría al cielo que pudiera hacer aún más por él.¹⁵

Pero finalmente el monarca español escoge el mal menor. Prefiere conservar el Pacto de Familia y no arriesgarse a poner en peligro la Nueva España ante los británicos, de modo que acepta la firma en secreto el 13 de noviembre de 1762 en el castillo de Fontainebleau de un tratado por el que se hace cargo de «todo el país conocido bajo el nombre de la Luisiana». Una inmensidad al oeste del Misisipi que bien puede equivaler a cuatro veces la península ibérica, así como «la Nueva Orleans y la isla en la que dicha ciudad está situada», en el lado este, pasan a engrosar las ya extensas posesiones españolas de ultramar.¹⁶ En cambio, para Luis XV supone perder los últimos territorios en Norteamérica: doscientos cuarenta años después de que Jacques Cartier explorara el Canadá,¹⁷ la Nueva Francia desaparece del mapa. A Gran Bretaña, por último, el Tratado de París de 1763 le asignará la orilla este del Misisipi. Sin duda, un vecino embarazoso para la Luisiana española con el que saltarán chispas.¹⁸

España no se anda con prisas para tomar posesión de sus nuevas tierras. Tres largos años pasan desde la firma de la paz hasta el tormentoso 5 de marzo en que Antonio de Ulloa se presenta en Nueva Orleans. Y aun así, cuando el nuevo gobernador echa pie a tierra, renuncia a izar la bandera española. Pospone la ceremonia formal de incorporación de la Luisiana a los dominios de Su Majestad Católica porque solo han llegado treinta de los noventa soldados de La Habana para tomar el control de la provincia, insuficientes para ejercer su autoridad debidamente.

Tras una travesía desde Cuba sacudida por fuertes tormentas que han demorado su llegada, Ulloa desciende de la fragata en mitad del aguacero. Le acompañan su contable, Esteban Gayarre, y el comisario de guerra, José de Loyola. En la plaza de Armas de Nueva

Orleans la escena no se presenta más acogedora que el clima. Los franceses lo reciben con extrema frialdad. Rostros ceñudos, desconfianza. Décadas haciendo y deshaciendo a su antojo y un español les viene ahora a gobernar. Ya verá quiénes mandan aquí, parecen advertir. El gélido encuentro bajo la lluvia entre Ulloa y los franceses de Nueva Orleans anticipa las tensiones venideras:

—¿Nos muestra sus poderes, *monsieur*? —le requieren los miembros del poderoso Consejo Superior, una institución civil que reúne a los hombres más prominentes de la hasta ahora francesa Luisiana.

—No voy a realizar la toma de posesión hasta que cuente aquí con todas las tropas españolas que deben arribar —replica el nuevo gobernador—. Además, no me corresponde tratar con el Consejo Superior, que es solo un tribunal civil. Únicamente abordaré la cuestión de la toma de posesión con el gobernador saliente, Charles-Philippe Aubry.

El *ordonnateur*, Denis-Nicolas Foucault, toma la palabra en nombre de la sociedad civil de Nueva Orleans. No tarda en advertir una de las grandes preocupaciones de los vecinos, la depreciación de los antiguos billetes de la colonia. Exigen soluciones:

—Sabiendo que usted no trae orden de convertir los billetes, se quejan amargamente de la cantidad de años que han pasado desde que el rey les debe, del daño que les causa esta demora y del triste estado en que se encontrarán al final, obligados a sucumbir si se les da varios meses más para pagarlos y si, para rematar su desgracia, no pueden procurar sus necesidades con esta moneda, la única que poseen.

—Entiendo perfectamente lo que pasará si se prohíbe la circulación de esta moneda y, para sostenerla, hasta que haya orden de paralizarla por una conversión, me encargaré yo mismo, una vez esté en posesión de la colonia, de que continúen todos los negocios, tanto con españoles como con franceses, con un valor del 75 por ciento, al que varios hechos desafortunados lo han reducido.¹⁹

Además, aunque el duque de Choiseul ofreció a los españoles los 250 militares franceses presentes en la plaza, estos se niegan a servir bajo el estandarte de Carlos III.

—Estoy esperando más tropas. Cuando lleguen, ustedes serán libres de marcharse —explica Ulloa a los mandos militares.

—Solo podemos hacer ese sacrificio por nuestro rey —responden secamente.

En realidad, según Aubry, todo se reduce a una cuestión salarial. Los españoles cobran más que los franceses y Ulloa, en lugar de aumentar la paga a estos para igualarlos, se la rebaja «a sus propios soldados de treinta y cinco libras que tenían en La Habana a siete».²⁰

En cualquier caso, hasta diez meses después, en enero de 1767, Ulloa no toma posesión de manera formal. Y entonces tampoco lo hace en Nueva Orleans, ante los líderes locales y con la solemnidad propia de la ocasión. Celebra un sobrio acto en la Baliza, el puesto aduanero a la entrada del Misisipi, alejado de la ciudad.²¹ Al gobernador le cuesta domeñar a una población de amplia mayoría francesa.

Los comerciantes temen que España les ponga cortapisas con sus leyes mercantilistas. Durante décadas, gracias al escaso control por parte de la lejana metrópoli parisina, han disfrutado de manga ancha para traficar con españoles, británicos y las Indias Occidentales. Estos recelos hacia sus nuevos dueños los llevan incluso a enviar a París en 1765 a Jean Milhet, comandante de milicias y el hombre más rico de Nueva Orleans. Su propósito es pedir a Luis XV que dé marcha atrás en la entrega del territorio a España. El rey ni siquiera lo recibe.

Pese a los temores de las élites francesas, lo cierto es que Ulloa tiene instrucciones de Madrid de que «en nada se sujete» la Luisiana a «las leyes y práctica» del resto de dominios españoles, «considerándola como una separada colonia y aún lo sea de todo comercio con ellos». Es decir, se la debe tratar como un caso excepcional entre las posesiones en América. De hecho, es la única donde España en lugar de gobernar a una población indígena, lo hace sobre otros europeos asentados previamente, con normas y costumbres propias desde hace décadas que las nuevas autoridades deben respetar.

En la práctica, en los primeros años conviven dos administraciones superpuestas, la francesa y la española. Aubry, el último gobernador francés de la Luisiana, se muestra colaborador para facilitar una transición suave. Pero el *ordonnateur*, más ambicioso, se comporta como si nada hubiera cambiado e ignora a Ulloa por completo.

La relación entre el nuevo gobernador y los hombres fuertes de Nueva Orleans empeora. Los 150.000 pesos anuales que debía recibir la provincia no llegan, mientras Francia decide repudiar todas las letras de cambio emitidas desde 1763. A ello se suma una ordenanza para regular el comercio que irrita a los mercaderes al ver amenazados sus privilegios.

La personalidad reservada de Ulloa, que no participa de las expansiones sociales de la ciudad, alimenta la animadversión. Él y su esposa apenas reciben visitas. No organizan fiestas ni asisten a las de otros, como es costumbre. Ni siquiera acuden a misa en la iglesia, sino que celebran la eucaristía de forma privada en su casa. Lejos de verla como una virtud, los vecinos se toman esta austeridad como un desprecio.²²

Los franceses coinciden en destacar su meticulosidad de científico, pero llevada hasta extremos que le hacen ocuparse de detalles nimios, y le reprochan falta de cintura en el trato. La descripción del coronel y caballero Jean de Champigny es despiadada: lo considera «violento», «imperioso», «minucioso en sus proyectos, quisquilloso en la ejecución», «arrogante cuando ceden ante él, tímido y flexible cuando le resisten», «desconsiderado en sus palabras, sin dignidad, sin generosidad, encerrado en su armario, mostrándose solo para ofender». En cuanto a sus rasgos físicos, Champigny no es menos condescendiente:

Es difícil ser más pequeño y flaco que don Antonio de Ulloa; una voz débil y aguda anuncia su carácter. Su semblante, aunque bastante regular, tiene algo de falso; grandes ojos que, siempre bajos hacia el suelo, lanzan solo miradas esquivas, buscando averiguar sin dejarse descubrir. Una boca cuya risa forzada anuncia engaño, duplicidad e hipocresía.²³

Incluso el más prudente Aubry reconoce ahora que Ulloa le parece «demasiado puntilloso» y que «a menudo pone dificultades en cosas que no merecen la pena»:

A veces tenemos que discutir sobre cosas de lo más justas y sobre las que no habría que debatir. Es desagradable tratar así en todo lo que se hace.²⁴

Aunque «buen oficial, sin que nada se le pueda reprochar en cuanto a sentimientos de honor y probidad, no es en absoluto político», resume el procurador general, Nicolas Chauvin de la Frénière.²⁵

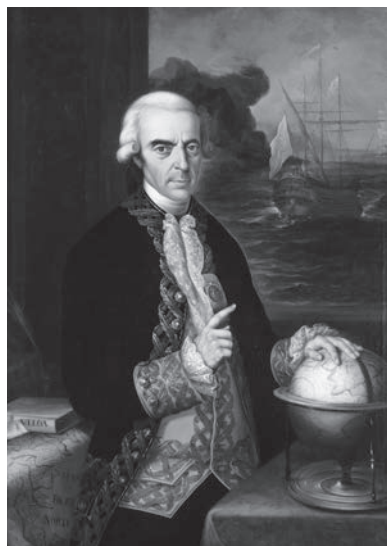
Las diferencias con el gobernador se hacen insalvables. La insurrección está a punto de estallar.

Pese a los esfuerzos de Ulloa, que logra que se le conceda una ampliación del situado en cien mil pesos a partir de 1767, no recibe todos los fondos prometidos y las circunstancias de la Luisiana se complican. La chispa prende con la aprobación de un decreto firmado en marzo del año siguiente que prima a los barcos españoles en el comercio con la provincia. Sus habitantes lo consideran una catástrofe. Ahora sí, la conjura contra Ulloa se pone en marcha. Foucault, La Frénière y otros miembros del influyente Consejo Superior conspiran para tumbar al gobernador español y restituir el orden francés.

Alentados por los confabuladores con historias falsas acerca de que los españoles no les pagan pese a tener dinero, una multitud de acadianos²⁶ y alemanes asentados río arriba entran enfurecidos en Nueva Orleans en la tarde del 28 de octubre de 1768. En casa de uno de los promotores del complot, François Chauvin de Léry, reciben mosquetes y son regados con vino para enardecerlos aún más. Los rebeldes, que además tienen la milicia en sus manos, se adueñan de las calles. *Vive la France! Vive le roi!*

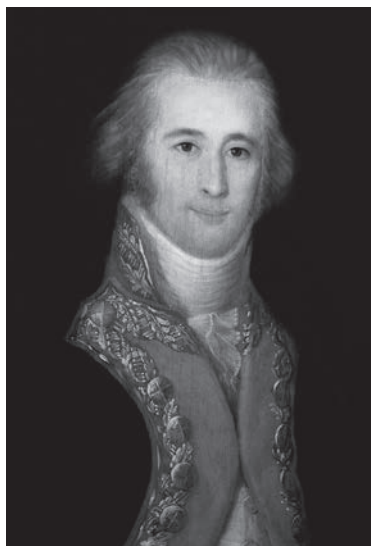
La escasa dotación militar española no tiene nada que hacer. Ulloa refugia a su familia en la fragata *Volante*. A bordo de esa misma nave, en la que llegó dos años antes, recibe de boca del notario del Consejo Superior la orden de expulsión. Sin otra salida, el gobernador se pliega a las exigencias de los sublevados. Ordena retirar hacia La Habana las tropas acantonadas en diferentes fuertes de la Luisiana. Él mismo pone rumbo a Cuba el 1 de noviembre. No lo puede hacer en la *Volante* por encontrarse en reparación y embarca en una fragata francesa, la *César*. La era Ulloa en la Luisiana llega a su fin.²⁷

Sin embargo, los insurrectos no pueden cantar victoria. Crecidos por su triunfo, una delegación llega a Francia en abril de 1769 para reclamar de nuevo que se revoque la cesión del territorio a España. Pero Choiseul la recibe con otro portazo. El Pacto de Familia es



© Casa Consistorial, Salón Montpensier / Album

Antonio de Ulloa.



© Bridgeman Images / Album

Alejandro O'Reilly.

sagrado y la Luisiana seguirá siendo española. La revuelta no ha servido para nada.

El general del ejército Alejandro O'Reilly y McDowell obtiene el encargo de restituir la autoridad de España. O'Reilly, de origen irlandés, se ha destacado en la invasión de Portugal durante la guerra de los Siete Años y en la supresión de unos altercados en Madrid. Al contrario que Ulloa, no se andará con contemplaciones.

Los acontecimientos se suceden rápido. El general llega a La Habana el 24 de junio de 1769. En solo diez días reúne una flota de 21 barcos con más de dos mil soldados y el 20 de julio ya está en la boca del Misisipi. Varios líderes de la revuelta se presentan ante él para mostrar sus respetos a Carlos III. O'Reilly los escucha, pero adelanta que abrirá una investigación. En la noche del 17 de agosto alcanza Nueva Orleans, donde a la mañana siguiente retumban los cañonazos de la artillería que anuncian el restablecimiento de la soberanía española. Con las tropas ya desembarcadas, a las cinco y media de la tarde O'Reilly desciende a la plaza de Armas. Los soldados españoles ocupan tres esquinas y los franceses la cuarta. Al contrario que tres años antes, cuando llegó Ulloa, ahora el general hace que Aubry deposite las llaves de la ciudad a sus pies. La ban-

dera española flamea sobre la plaza y las salvas de los barcos y los soldados completan la ceremonia. Ya nadie duda de que España ha tomado el mando.

El 20 de agosto, en la residencia del propio Alejandro O'Reilly, se leen los cargos de sedición y traición contra los cabecillas de la conjura. Seis son fusilados el 25 de octubre y otro ha muerto tras forcejear durante su arresto. Foucault se libra del paredón por gozar de inmunidad. Es deportado a Francia, donde entra en prisión, aunque pronto queda en libertad y obtiene un puesto en la India.

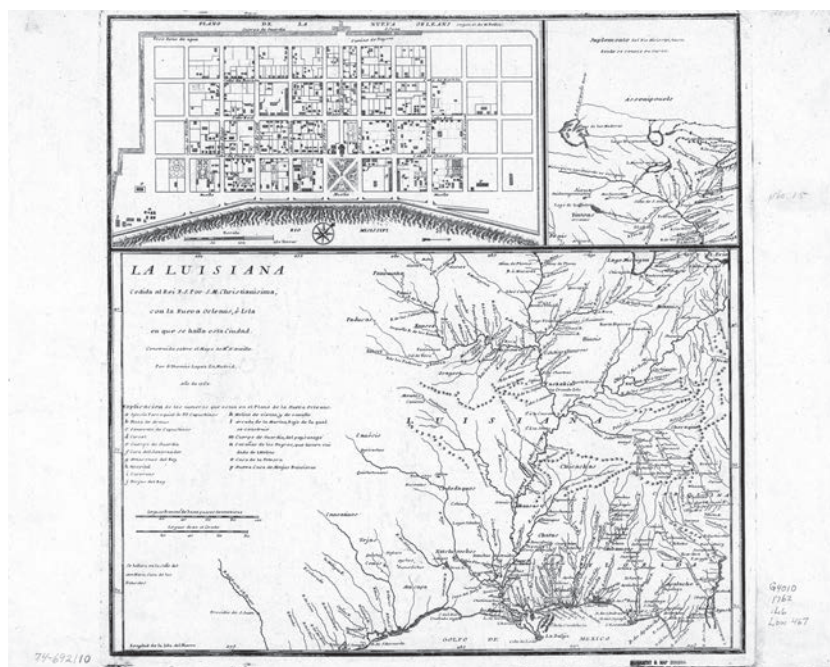
Tras poner orden, O'Reilly emprende una serie de reformas para enmendar los errores pasados y afianzar el control de España. Su primera medida es liquidar el Consejo Superior que tantos quebraderos de cabeza ha dado y sustituirlo por un cabildo a la española. A continuación, promulga un nuevo código de leyes, aseca las cuentas, reúne a los indígenas para garantizarles sus regalos anuales, refuerza la regulación del comercio y reorganiza el sistema defensivo. Las cuestiones de Dios tampoco quedan ajenas a la frenética actividad de O'Reilly, que reclama más curas y frailes capuchinos y logra que se envíen velas a todas las iglesias.

Cumplida la tarea de restaurar la armonía, O'Reilly zarpa de Nueva Orleans al concluir febrero de 1770. Comienza la etapa del segundo gobernador español de la Luisiana, el malagueño Luis de Unzaga y Amézaga.²⁸

A lo largo de sus siete años en el cargo, España consolida el control político y económico sobre la Luisiana. Paradójicamente, la tolerancia del gobernador hacia el comercio con sus adversarios en América del Norte, los británicos, impulsa el crecimiento. Según el tesorero Martín Navarro, la provincia

debe su estado actual solamente a la sabia precaución de un buen servidor del rey y al comercio ilícito de los ingleses, porque sin ellos ¿quién estaría allí para dotar a estos súbditos de negros y herramientas para el cultivo de sus tierras, recibiendo como pago sus productos?

Una agria disputa entre capuchinos franceses y españoles da muestras de los recelos a los que debe hacer aún frente Unzaga. El



Mapa de la Luisiana en 1762 (Library of Congress).

padre Dagobert de Longuory, representante de los primeros, y Cirilo de Barcelona, de los segundos, pugnan por convertirse en vicario general del obispo de La Habana. Cirilo reprocha a Dagobert sus actitudes libertinas, como vestirse de laico y lucir joyas o celebrar opulentas comidas servidas por solteras mulatas y negras, además de haber participado en la rebelión de 1768. A propósito de esta riña, el gobernador se muestra conciliador:

La gente de aquí permanece tranquila siempre que sea tratada con amabilidad, pero el empleo del palo podría producir confusión y destrucción. Su buena disposición es el resultado del feliz estado de libertad al que se han acostumbrado desde la cuna, y en el que piensan permanecer, mientras se ajusten a las leyes del reino.²⁹

Al contrario de lo que hicieron los británicos en buena parte del Canadá, forzando a los franceses a emigrar, España permite que sigan con su vida a lo largo del valle del Misisipi.³⁰ La combinación

del ejercicio de la autoridad con el respeto a la identidad francesa de los habitantes permitirá a los españoles gobernar la Luisiana con éxito durante décadas. Desde Nueva Orleans hasta la lejana San Luis, cientos de leguas al norte.

SAN LUIS, LA TIERRA PROMETIDA DEL COMERCIO DE PIELES

Chas, chas, chas. Pierre Laclède Liguist, militar francés del valle pirenaico de Aspe que ha cruzado el Atlántico para hacer fortuna, marca a hachazos unos árboles a orillas del alto Misisipi. Pocas leguas al sur de donde el Misuri descarga su enlodado caudal en el «adre de las aguas», al fin ha dado con el lugar ideal para el establecimiento que ha venido a fundar. Los tajos en los troncos marcan el territorio para no dejarlo perder. Chas, chas, chas. Ahora que llega el invierno y el Misisipi se congela no va a poder traer lo necesario para levantar el nuevo poblamiento. Así que encarga a su hijastro y mano derecha, el aún adolescente René Auguste Chouteau, que le acompaña en esta aventura: «En cuanto las aguas vuelvan a ser navegables, regresa aquí con un grupo de hombres para despejar este sitio según el plan que te daré». Chas, chas, chas.³¹

Laclède y Chouteau partieron a principios de agosto de 1763 de Nueva Orleans con cinco *bateaux* cargados de provisiones. Su destino, el país de Ilinueses,³² cuatrocientas leguas río arriba. Se ponía así en ejecución el plan que el gobernador general de la Luisiana, el impetuoso y maquinador Louis Billouart, *chevalier* de Kerlérec, venía urdiendo junto con el próspero comerciante Gilbert Antoine de Saint Maxent y el propio Laclède para sacar provecho a las oportunidades de aquella remota región del norte.

La guerra de los Siete Años golpeaba duro la economía de Nueva Orleans y había que tirar de imaginación para salir a flote. El grifo del comercio con los británicos, fuente de riqueza local en años pasados, se cerró de golpe. Además, la debilidad de la moneda no hacía sino agravar las estrecheces de los hombres de negocios de la ciudad. Pero el comercio de pieles en el valle del río Misuri, en la Alta Luisiana, auguraba lucrativas posibilidades. En esa zona al oeste del Misisipi abundan animales cubiertos por tegumentos muy

apreciados en Europa, como castores, osos, venados... Todo un tesoro aún por explotar.

Ahora que Francia ha perdido el Canadá y que la margen oriental del Misisipi va a pasar a manos de Gran Bretaña, es el momento de aprovechar las buenas relaciones que los franceses llevan décadas cultivando con los indígenas y fundar en la orilla contraria un nuevo enclave peletero. Así que Kerlérec ha maniobrado para otorgar a Saint Maxent un monopolio con marchamo real de seis años para el comercio de pieles con los nativos en el Misuri. Esta fórmula de explotación en exclusiva evitará la competencia. Además, las pieles son un valor seguro que no se deprecia. Negocio redondo. Nació así Maxent, Laclède et Compagnie. El gobernador y sus socios se frotan las manos.³³

El viaje de Nueva Orleans a la región de Ilinueses remontando el Misisipi, aun en la época en que la corriente pierde brío y el cauce está libre de hielos, tarda en completarse de tres a cuatro meses. Más de lo que cuesta cruzar el océano. La travesía está plagada de dificultades. No se trata solo del esfuerzo titánico para avanzar contra el poderoso caudal a remo, a vela, con pértigas o con sogas desde la orilla, en medio de un calor sofocante. Los *bateaux* deben esquivar las peligrosas islas flotantes de vegetación que descenden aguas abajo y, peor aún, los temibles aserradores,³⁴ troncos en el fondo del río que suben y bajan con el flujo de la corriente y que, en efecto, son capaces de rajarse el casco de las embarcaciones como si de una tabla en una serrería se tratara.³⁵ Y eso no es todo. Navegar por regiones infestadas de tribus no siempre amistosas obliga a permanecer en guardia. Acampar en las riberas significa jugársela.

En la época en que Laclède y Chouteau alcanzan el alto Misisipi, la región cuenta con un puñado de núcleos de población a orillas del río, casi todos en la margen este. Los habitan en su mayoría canadienses que se han ido desplazando hacia el sur sin permiso de Versalles en busca de nuevos campos de cultivo y cosechas más prolongadas que las que producen las frías tierras del norte.

Los nuevos pobladores y sus descendientes criollos van creando un peculiar ecosistema en ese nuevo mundo en mitad de la nada, a base de pequeñas comunidades rurales de cultura francesa y fe ca-

tólica, dedicadas a la agricultura y el intercambio con los nativos. La estrecha relación con estos, que forman sus propios poblados junto a los franceses, da pie a matrimonios mixtos, algo que los anglosajones ven una aberración. El resultado es un *melting pot*³⁶ de canadienses, criollos, indígenas, métis³⁷ y esclavos de origen africano.

La identidad propia de este país de Ilinueses se plasma en el paisaje urbano. Nace un tipo peculiar de arquitectura, a medio camino entre las cabañas canadienses y las casas del Caribe: los muros se forman con troncos verticales clavados en la tierra (*poteaux-en-terre*) o en alféizares (*poteaux-sur-sol*), y se rellenan con arcilla mezclada con hierba (*bousillage*) o grava (*pierrotage*), pero los techados, con tejas de cedro y forma de sombrero de ala ancha, forman amplios porches que recuerdan a las viviendas de las colonias antillanas.

Pierre Laclède y su hijastro alcanzan los Ilinueses ochenta y cinco días después de zarpar de Nueva Orleans, el jueves 3 de noviembre de 1763. Atracan inicialmente en Santa Genoveva,³⁸ en este momento el mayor poblado de la región y el único al oeste del Misisipi. Allí los recibe un enviado de Pierre-Joseph Neyon de Villiers, comandante del fuerte de Chartres, principal puesto militar y capital de la región, unas cuatro leguas río arriba. No por casualidad, Neyon de Villiers es cuñado de Kerlérec, quien cuenta así con una persona de su entera confianza para controlar la Alta Luisiana. El fuerte, sin embargo, cae ahora en el lado inglés del Misisipi, con lo que en breve deberá cambiar de manos. Lo que Laclède y Chouteau ignoran todavía es que la margen occidental va a pasar a su vez a quedar bajo dominio español en virtud del Tratado de Fontainebleau firmado en 1762 por los dos primos borbones.

En diciembre, tras almacenar en el fuerte de Chartres las mercancías que traen desde Nueva Orleans, los dos expedicionarios continúan río arriba para buscar un lugar donde fijar un puesto avanzado para Maxent, Laclède et Compagnie. El despiadado tiempo invernal, «severo en extremo, frío, húmedo y ventoso», los castiga sin clemencia en su recorrido. La idea es establecerse en la desembocadura del Misuri, ya que el valle de ese gigantesco afluente del Misisipi que se extiende hacia poniente es de donde esperan obtener las pieles para su prometedor negocio. Pero una vez que alcanzan el punto en que se mezclan las aguas de ambos ríos, quedan

decepcionados: no reúne las condiciones mínimas para ser habitable. Frustrados, dan la vuelta hacia el fuerte de Chartres.

Pero al poco de emprender el descenso, Laclède repara en una alargada cornisa rocosa que se asoma a la orilla oeste del Misisipi. Curioso, decide desembarcar de nuevo. Él y Chouteau se encaraman a lo alto del saliente y el terreno prácticamente virgen que se ofrece ante sus ojos los hace estremecerse. Tan solo la silueta abombada de un túmulo funerario revela la presencia allí de pobladores nativos siglos atrás. Es perfecto: suelo fértil para los labrantíos, agua en abundancia, ricas praderas para el ganado y una altura que lo protege de las recurrentes crecidas del Misisipi. Todo ello a corta distancia de la confluencia con el Misuri. No hay dudas. Será aquí. Solo hace falta talar árboles para despejar el lugar y empezar a construir.

Dicho y hecho. Chas, chas, chas. Las muescas que Laclède y su joven acompañante dejan en los troncos son las señales para reconocer el lugar donde volver en cuanto sea posible y empezar a hacer realidad el proyecto concebido por Kerlérec. En efecto, nada más derretirse los hielos del Misisipi, Chouteau regresa con un puñado de hombres reclutados en el fuerte de Chartres, tal como le ha indicado su padrastro. Granjeros, albañiles, carpinteros, algún herrero... Desde adolescentes recién salidos de las faldas de su madre a cincuentones encallecidos por la vida en la frontera. Ellos serán los primeros habitantes de un lugar destinado a hacer historia en el corazón de Norteamérica.³⁹

El 15 de febrero de 1764 se ponen manos a la obra. Antes incluso que sus propias casas, erigen un almacén para las mercancías destinadas a los indígenas. Cuestión de prioridades en un pueblo que nace con fines comerciales. No se trata de un puesto militar. Nada de empalizadas ni baluartes. Los nuevos pobladores no temen a los nativos. Al contrario, estos serán sus socios y protectores.

Los trabajos avanzan a buen ritmo. A principios de abril llega Laclède para supervisarlos en persona. Es entonces cuando bautiza el poblado en honor de Luis IX, el venerado rey capeto que en el siglo XIII combatió a los infieles en las cruzadas y fue elevado a los altares: la futura ciudad se llamará San Luis.⁴⁰

Laclède aprovecha su visita para bosquejar la trama urbana del nuevo asentamiento: las primeras manzanas se desplegarán en cua-

drícula en paralelo a la ribera, siguiendo el patrón de Nueva Orleans propio de los tiempos de la Ilustración. La Rue Royale, la Rue de l'Église y la Rue des Granges serán las calles principales, tendidas de norte a sur. Las cruzará en perpendicular la que llegue desde la plaza de Armas, que se situará entre el río y la residencia de Laclède, y será el centro de la vida en el pueblo. Más allá habrá alargadas parcelas de tierras de labor para los nuevos colonos, como es costumbre entre los franceses del país de Ilinueses, así como un terreno comunal para el ganado.

No tarda el nuevo enclave en convertirse en polo de atracción para los franceses del otro lado del Misisipi. Con el territorio al este del río bajo dominio británico, los colonos que se habían establecido en aquella parte se apresuran a cruzar de orilla.

Aunque Santa Genoveva es más antigua, el potencial de San Luis como emporio comercial lo convierte en el destino predilecto de quienes huyen de los ingleses. En sucesivas oleadas se van estableciendo nuevos vecinos, atraídos por la oferta de parcelas gratis y el sugestivo negocio de las pieles.

El nuevo poblado se va poniendo en pie sin que sus habitantes sepan que la tierra sobre la que se levanta, como el resto de la Luisiana, también va a dejar de pertenecer a Francia. Hasta diciembre de 1764 no llega la noticia de que la margen occidental del Misisipi pasará a manos españolas. Pero, para muchos, eso siempre será mejor que estar bajo el asfixiante yugo británico. España, nación amiga y católica, aliada por los lazos de sangre de su soberano con el francés, al menos respetará las costumbres y la religión de sus nuevos súbditos.

El fuerte de Chartres aporta la mayoría de los residentes de San Luis en estas primeras hornadas. El 10 de octubre de 1765, el último comandante francés, el canadiense Louis Saint-Ange de Bellevue, que ha reemplazado a Neyon de Villiers tras su marcha a Nueva Orleans, hace entrega del puesto a los Royal Highlanders del capitán escocés Thomas Stirling. A continuación Saint-Ange parte hacia San Luis con la veintena de marines que quedaban en el que ha sido durante décadas el bastión de Francia en el país de Ilinueses. *C'est fini.*

Entre quienes se trasladan con Saint-Ange al otro lado del río figura un militar de mediana edad y carácter emprendedor llamado

Eugene Pourée, por sobrenombre Beausoleil, que pronto se hará un hueco en la clase influyente del pueblo recién fundado. Pourée está llamado a protagonizar una gesta que expandirá las fronteras de España hasta donde nunca antes habían llegado. Pero él, tras años de servicio a la Corona francesa, ni siquiera lo sospecha todavía.

No solo los franceses se pasan de orilla. También los nativos de Ilinueses rehúyen a los británicos, precedidos por su fama. «Si permitís que los ingleses estén entre vosotros, seréis hombres muertos —reza una profecía—. Enfermedad, viruela y su veneno os destruirán por completo.» No le falta fundamento al augurio: en esa época soldados británicos infectan a propósito viruela en poblados indígenas de Pensilvania mientras colonos angloamericanos masacran a una veintena de nativos cristianos indefensos. Durante un consejo con Neyon de Villiers en diciembre de 1763, los chabanones⁴¹ le ruegan: «Ten el coraje, padre mío, de no abandonar a tus hijos; los ingleses nunca vendrán aquí mientras viva un solo piel roja».

Las buenas relaciones con los indígenas son cruciales para los habitantes de la Alta Luisiana. Tanto para la prosperidad del negocio peletero como para su seguridad. Y la política de regalos a las tribus es la base para una convivencia cordial. Mantas, ropa, pero también armas, munición y alcohol, son algunas de las mercancías que los europeos les entregan a cambio de las pieles y de mantener la paz.

Para San Luis son imprescindibles, en particular, los lazos con los osages. Más aún, la alianza con este pueblo cazador y guerrero, temido por su ferocidad, es la razón de ser de San Luis. Los osages dominan un vasto territorio al oeste del Misisipi, entre los cursos del Misuri y el Arkansas, equivalente a media península ibérica, y serán quienes suministren las ansiadas pieles. Sus hombres son expertos en cazar las especies autóctonas y sus mujeres extremadamente hábiles para procesar los pellejos. Famosos también por una altura que en el futuro llamará la atención de Thomas Jefferson, su superioridad en el combate mantiene a raya a las tribus rivales. Sin lugar a dudas, la asociación con los osages será la base para el éxito del nuevo enclave comercial.⁴²

Pese a habitar ahora oficialmente en territorio español, los vecinos viven durante los primeros años ajenos a esa realidad. Hasta 1770 ejerce el gobierno Saint-Ange de Bellerive, aunque lo haga

en nombre de un país, Francia, al que se supone que la Luisiana ya ha dejado de pertenecer.

Sin un representante de la autoridad española, tropas regulares ni siquiera un párroco permanente, la liberal vida en la frontera impone en San Luis un ambiente de costumbres relajadas. Fiestas interminables y otras diversiones son el pan de cada día. Cuando en mayo de 1770 Saint-Ange transfiere el poder al primer teniente de gobernador español de la plaza, Pedro José Piernas, una de sus primeras medidas es construir una pequeña capilla de madera. Ni eso han hecho los franceses en todo este tiempo.

Sin embargo, Piernas, casado en Nueva Orleans con una francesa, busca en todo momento ser tolerante con los vecinos. Consciente de los recelos hacia las autoridades españolas, confirma las concesiones de tierras realizadas hasta entonces, nombra a Saint-Ange y otros franceses en puestos clave y se muestra comprensivo con los laxos hábitos religiosos de los lugareños. Y aunque el monopolio de Maxent, Laclède et Compagnie ha caducado y en teoría bajo el mandato español el negocio peletero está abierto a cualquiera, en la práctica, la relación con las distintas tribus se asigna a las mismas élites que la venían ejerciendo. Más aún, el francés sigue empleándose como lengua en las operaciones comerciales y hasta los terrenos continúan midiéndose en harpanes.⁴³

Una cuestión peliaguda es la esclavitud. Al tomar posesión, Piernas da a conocer el decreto de Alejandro O'Reilly que prohíbe someter a esta condición a los indígenas, pero la norma choca con una práctica para entonces arraigada en la Alta Luisiana, especialmente entre sus ciudadanos más destacados. De hecho, al mes siguiente varios vecinos se saltan la prohibición y compran catorce indios. El teniente de gobernador eleva esta circunstancia a su superior en Nueva Orleans, Luis de Unzaga, quien se quita de en medio permitiendo que estos residentes conserven sus esclavos hasta que haya una decisión real. No obstante, la ilegalización acabará por frenar el comercio de indígenas.

La esclavitud sigue vigente para las personas de raza negra, aunque al menos las normas españolas les permiten comprar su libertad. Un censo de 1773 recoge que en San Luis hay en ese año 444 personas de raza blanca (285 hombres y 159 mujeres) y 193 esclavos. Al ser ilegales, los indígenas esclavizados no figuran.

En todo caso, la mano izquierda de Pedro Piernas va surtiendo efecto y se gana poco a poco a los franceses bajo su mando. Estos comprueban que, pese al traspaso de poderes y de que el comandante español se ha instalado en la que era residencia de Laclède, su vida apenas se ha visto alterada. Al fin y al cabo, la armonía entre administradores y administrados beneficia a unos y a otros. San Luis de Ilinueses prospera y se convierte en el gran centro político y económico de la parte alta del Misisipi.⁴⁴

Por eso mismo, cuando llegue el momento, será también objetivo militar prioritario de los ingleses...